

## EL LOTO AZUL

« Para don Luis Foxá, mi excelente y respetable amigo. »

Por mis estudios, por mis aficiones y, principalmente, por mis simpatías, por esas simpatías, tan inexplicables como vehementes, que nos impulsan a desear el trato de una persona que desconocemos, ó á visitar, con preferencia á otros, algún lugar igualmente desconocido, he experimentado siempre una decidida predilección por Egipto; por el verdadero Egipto, no por el de los ingleses y los postes telegráficos, sino por el de las Pirámides y los Faraones.

Hubiera querido vivir en tiempos del gran Sesostris, haber habitado en uno de aquellos palacios, únicos dignos de tal nombre en la historia de la arquitectura; haber cruzado el Nilo, en una de aquellas naves blancas, con adornos multicolores, de orlada vela y plateados remos; haberme embriagado, con exquisitas esencias aspiradas bajo la infinita grandiosidad del templo de Karnac; haber sido amado por una de aquellas mujeres, hijas del ardor del sol y de la delicadeza de la flor del loto; y haber, por último, cerrado los ojos para el sueño eterno, defendido de la destrucción de los siglos, por las indestructibles tumbas que á los siglos desafían...

Pero como he nacido algunos miles de años después de aquellas épocas, he tenido que limitarme á recorrer el Egipto de ahora, profanado sin piedad por los modernos bárbaros, que, en nombre de la civilización, no respetan ni aun en sus tumbas, á los que probablemente se reirían de nuestro decatando progreso.

Sin embargo, yo he visto... yo he oído... yo he sentido... ¡Me estrezo al evocar tan inefable recuerdo!

En mi última excursión, después de visitar y admirar cuanto los *gulas* indican que se visite y se admire, resolví ver y sentir por cuenta propia, y acompañado por un *fellah*, me aparté decididamente de los *consabidos* derroteros.

Una noche, tras un día de larga exploración, y mientras mi acompañante reposaba, hallábase yo verdaderamente fascinado, por el espectáculo que ante mis ojos se ofrecía.

La noche, noche egipcia, era más clara y transparente, que muchos días del Norte; los objetos se dibujaban con admirable pureza, ¡y qué objetos!

Hallábase entre un laberinto de rocas que, por una maravillosa combinación de la Naturaleza, ofrecía el aspecto de una ciudad fantástica, ornada de grandiosos monumentos: veíanse allí pirámides, obeliscos, esfinges, trofeos, leones, panteras y estatuas de dioses y héroes; al final de la única calle recta que en la ciudad se encontraba, se descubría el Nilo, azul turquí con reflejos de plata.

No pude menos de pensar en lo que ya se ha dicho, de que los monumentos egipcios están todos ellos inspirados en la Naturaleza, con el modelo á la vista.

Después de dar varios paseos por aquella ciudad sin rival, me senté en una de las rocas que, como rústicos bancos, se alineaban en la calle recta que al Nilo conducía.

Fatigado por la emoción y el ejercicio, sentí que mis párpados se cerraban; pero la súbita aparición de una figura, hasta entonces oculta en la penumbra, y que iluminó en aquel momento un rayo de la luna, hizo que sacudiese bruscamente mi sopor y me levantase en el acto.

A pocos pasos de mí, aparecía una estatua de mujer ó, por mejor decir, una figura en cera,—tal la creí,—y era una reproducción tan pasmosa de la realidad, que no era posible que lo fuese.

Me adelanté hácia aquella maravillosa figura; pero, cuando llegué á su lado, retrocedí impulsivamente unos pasos, y después permanecí inmóvil, paralizado por el asombro.

Aquella figura no era una reproducción de la realidad, no podía serlo; era la realidad misma: allí, erguida, con la vista fija en la mía, se hallaba una mujer de soberano aspecto y excepcional hermosura.

Muy extraña era la presencia de una mujer joven, hermosa y ricamente ataviada, en unos lugares lejanos de todo punto habitado y desconocidos, según me constaba, hasta por los mismos hijos del país, pero lo que me asombraba prodigiosamente, era ver que la mujer que tenía delante, ofrecía en su aspecto y sus vestiduras, todos los rasgos y

todos los distintivos que ostentaran las contemporáneas de los Faraones.

Aquel ser bellissimo y extraordinario representaba, en toda su pureza, el clásico tipo egipcio. En su rostro pálido, con reflejos de oro, fulguraban rasgados ojos negros, agrandados por el antimonio, conforme á la moda de aquella época; sus labios, de color de sangre, eran gruesos pero graciosamente dibujados; las delicadas y purísimas formas de su cuerpo, estaban apenas ocultas por una túnica fina, casi transparente, de rayas transversales y franjas de varios colores, sujeta exclusivamente por debajo y cerca de los pechos, por un cinturón adornado con ricas joyas; en sus desnudos brazos, admirablemente modelados, resplandecían varios brazaletes de caprichosas formas y ricas monturas, tan valiosos como los anillos que cubrían sus elegantes dedos y como el grueso collar, del que pendían innumerables dijes y atributos simbólicos; su negra y abundante cabellera, estaba medio cubierta por una especie de casco en forma de ave, cuyo vistoso plumaje, se hallaba simulado por una combinación de brillantes esmaltes.

Todo esto lo ví en un instante y, como impresión, nada más, lo recuerdo y lo describo; pues toda mi atención se concentró en seguida en aquella mirada, con que parecía querer fascinarme.

Hice un esfuerzo para tranquilizarme, cerré los ojos, los tuve unos instantes cerrados y, después me aventuré á interpelar en árabe á aquella extraña mujer, escogiendo las frases más dulces y corteses.

Nada me respondió, y siguió mirándome.

Acudí entonces á mis medianos conocimientos de la lengua copta, ese idioma que si no fué exactamente el que se habló en la época de los jeroglíficos, ha servido, sin embargo, para desentrañarlos, y dije:

—¿Puedo saber, hermosísima señora, á quien tengo la dicha de rendir mis homenajes?

La estatua viva no respondió en el acto; pero, pasados unos instantes, se entreabieron sus voluptuosos labios, dejando ver una nitida dentadura, y con acento altivo me preguntó á su vez:

—¿Por qué te has atrevido á profanar con tu extranjera planta, estos sagrados lugares?

Me produjeron tanta confusión estas palabras, que no acerté á replicar.

—No satisfechos tú y los tuyos, miserables tiranos—prosiguió la egipcia, con airada entonación—con haber esclavizado y escarnecido al país que fué padre del mundo, pretendéis que no quede en él ni vestigio de nuestra raza, ni seres que, huyendo de vuestro poder inicuo, se sepulchen en vida para morir maldiciéndolos y pidiendo venganza á los dioses ofendidos; pero, como sois tan ignorantes como vanidosos, no sabéis que el alma de Egipto no ha muerto, y que esa alma, difundida en animosos seres, palpita, vive y se mostrará algún día tan grande y tan potente, como en aquel tiempo en que los cetos y las coronas de los reyes servían de juguetes á los hijos de nuestras esclavas... Aquí, en este mismo lugar, que te atreviste á hollar con tu soberbia, habitan seres que desafían vuestras pesquisas, y que á una señal mía concluirían contigo y con cuantos aquí os encontraseis; pero no quiero... ¡Vete, extranjero!... Enorgulécete con aquellos que aceptaron tu dominio... ¡No pretendas buscar á los que ocultaron, en donde jamás has de penetrar, el alma del Egipto!

No sé á que sentimiento obedecí; pero, cayendo de rodillas, exclamé con vehemente sinceridad:

—¡Señora!... No me juzgues como los demás... pido justicia... yo piso este suelo inmortal, con piadosa unión... yo admiro tu raza, y me prosterno humilde ante vuestra secular grandeza... yo tiemblo de emoción ante vuestros sublimes misterios... yo... ¡te adoro, hermosa y peregrina personificación de una belleza infinita...!

Continué hablando, con frases que nacían en el corazón y se precipitaban á los labios; pero no recuerdo cuanto dije; solamente recuerdo, que la egipcia creyó en mi sinceridad y en mi entusiasmo, pues la dura mirada de sus ojos, se transformó en expresión de amor, sus labios rojos, se entreabieron en celestial sonrisa, y murmuraron, con acento que parecía una melodía inefable:

—Eres digno de ser mi amante. Yo soy el alma del Egipto.

Y diciendo esto, se aproximó, sus manos se posaron sobre mis párpados, en mis labios se imprimió un beso, un beso que no es de este mundo, y sentí que me desvanecía...

Al reponerme de aquella sensación divina, me encontré solo; pero mis manos oprimían junto á mi pecho, un delicado loto azul.

Permanecí varios días en la ciudad fantástica; mas en vano la recorrí y escudriñé; la aparición no volvió á repetirse.

Sin embargo, ni fué un sueño, ni alucinación de mis sentidos.

¡Soy el amante del alma egipcia! El loto azul me lo recuerda constantemente.

LUIS DE TERAN



## D. JUAN LINDOLFO CUESTAS

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

Historia ejemplar es la que hasta la fecha presenta este primer Magistrado de la República Oriental del Uruguay; no podían faltar pues en estas páginas su retrato y algunos rasgos biográficos complementarios. La República que le elevó á su más alto puesto, tuvo un feliz presentimiento de sus imperiosas necesidades y de las cualidades personales del hombre que podía proveerlas. El Presidente señor Cuestas es todo un carácter, una inteligencia clara, estrechamente unida á una firme voluntad y á una honradez acrisolada, que han hecho el milagro de devolver la paz y el progreso á un pueblo, hace poco conturbado por pasiones políticas y dilapidaciones escandalosas. Casi desde su adolescencia hasta sus 62 años que hoy cuenta de edad, su vida y su actividad las ha dedicado á materias económicas, y es ante todo un hacendista que, teórica y prácticamente, tiene conciencia de lo que necesita el Uruguay para su regeneración.

Sus honrados padres dotáronle de exquisita cultura, que el joven Cuestas empleó preferentemente para el desarrollo del Comercio, de la Banca y de la Administración pública y privada. Antes de contar veinte y seis años era ya contador y cajero, con

poder general de sus jefes, de casas particulares; á la citada edad, veíase honrado con el puesto de Tenedor de libros del primer Banco local de Paysandú; pasó después al cargo de más confianza, pues estando el Banco regido por un Directorio, la Gerencia estaba representada por un Contador-Tesorero, y éste lo era el señor Cuestas. Miembro de la Junta Económica Administrativa en 1865, llevó á ella provechosas iniciativas para la Instrucción pública y progreso general de la localidad.

En una refundición del antes citado Banco de Paysandú con otro de Montevideo, nuestro biografiado continuó en un puesto (en relaciones con sus aptitudes) que luego cangé por una sucursal en Cerro-Largo. Ya aquí se le saludó como una esperanza del país, pues en una crisis abrumadora que originara la liquidación de muchos Bancos (1869), sólo la Sucursal de Cerro-Largo se salvó del desastre, gracias á la Gerencia del señor Cuestas.

Con tales antecedentes, fué solicitado y adscrito á la administración oficial de la República.

Fué, sucesivamente, Receptor de la Aduana del Salto, Jefe de Vistoria de Adua-

na y Contador-Tesoroero de la Junta de Crédito Público, oficina ésta fundada en 1870, y por él desempeñada diez años. En ella acrecentó su personalidad, hoy sancionada por la opinión general del país; dió gran regularidad á aquella importante repartición del Estado; fomentó el crédito y el alza de los valores, y dejó en todos sus actos el sello de una proba escrupulosidad.

Más tarde, se le confiaron otros cargos no menos honrosos, ni menos difíciles, por el Gobierno provisional del coronel Latorr. En la organización de los Impuestos directos, multiplicó su tiempo, superándose sí mismo por su actividad y estudio, asegurando los ingresos y eliminando sin contemplaciones á los empleados infieles, no sin antes obligarles á la restitución de las sumas distraídas. Sinónimo de honradez su nombre, fomentaba la confianza y el trabajo donde ejercía su influencia y dispersaba á los detentadores del honrado provecho particular ó público.

Colector de Aduanas en 1879 (con retención de los cargos antedichos), no abandonó sus planes ni proceder; el orden y la honradez respondieron á su mandato.

En 1880, el Dr. don Francisco A. Vidal, le llamó al Ministerio de Hacienda. Su obra fué laboriosa; el Tesoro estaba exhausto, faltaba confianza en la estabilidad política, las fianzas se resentían de lo mismo. El nuevo ministro reorganizó los impuestos y el presupuesto general de gastos; dió regularidad á los pagos y publicó mensualmente los balances. No pudo realizar por completo su ideal, á causa de entorpecimientos que se le oponían con gastos extraordinarios, por los presidentes Vidal y Santos. A mediados de 1882, se retiró de su departamento, porque habiendo iniciado la unificación de la Deuda pública con agetes financieros en Londres sobre la base de la amortización á la puja, fracasó la operación ante la exigencia de la amortización al sorteo que exigían los ingleses, y que el señor Cuestas consideraba sumamente perjudicial al Estado.

Año y medio pasó alejado de la política activa, pero volvió á ella en 1884, para ocupar el cargo de Ministro de Justicia, Culto e Instrucción pública, en cuyo ejercicio hizo cosas notables. Dotó á la Universidad local y de material conforme á sus recientes necesidades, separando la Facultad de Medicina y Cirujía de la de Derecho y Ciencias sociales. Este establecimiento, fundado en 1849, cuenta según la estadística de 1897, 89 profesores y 681 estudiantes.

En 1885, presentó su Proyecto de Ley de Matrimonio Civil obligatorio, que con modificaciones sabias hechas por la Asamble, obtuvo la sanción de la misma. Un delicado conflicto que originó el clamor público, alarmado por sucesos desgraciados acaecidos durante el noviciado de algunas señoritas dedicadas al claustro, movió la pluma del señor Cuestas, quien propuso que no se debía admitir en aquél á las mujeres menores de treinta años; la Asamblea fué más lejos, dictando una Ley radical de extinción de los conventos en tiempo dado no permitiendo la entrada de novicias ó novicias, en lo futuro.

Fué en 1886 Ministro de Hacienda con el Dr. Vidal, insinuando su obra reorganizadora de la administración pública; y cuando por imposiciones del general Santos hubo de dimitir, los comentarios de la prensa y de la opinión le fueron muy favorables.

Sobrevino la Revolución que fué vencida en el *Quebracho*; quedaban tirantes las

## D. ANTONIO SAENZ DE ZUMARÁN

CÓNSUL DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY EN BARCELONA.

DIGNÍSIMO representante en Barcelona tiene la República Oriental del Uruguay, y á la vez nuestra capital distingue y considera entre su ilustrado Cuerpo consular al señor don Antonio Saenz de Zumarán, por la doble razón de sus prendas personales y de su ascendencia española.



Fot. Esplugas.

relaciones entre el Uruguay y la Argentina, y el señor Cuestas fué á normalizarlas desde el puesto de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en Buenos Aires. De regreso de esta misión, entró en el Senado, donde prodigó su colaboración ilustrada á reformas y proyectos de trascendencia; tras varios triunfos electorales, en 1897, fué elevado á la Presidencia del Senado. No estaba lejos un drama sangriento, que suprimiendo al titular de la Presidencia de la República, haría de Cuesta, el primer Magistrado de la Nación. Era el 25 de Agosto, día de la fiesta nacional; el Presidente Idiarte Borda fué asesinado por un fanático, á las tres de la tarde, en medio del Ejército, del Cuerpo Diplomático y del distinguido cortejo que le acompañaba desde el templo, encontrándose á su lado el señor Arzobispo. Por tan triste motivo, el señor Cuestas hubo de asumir el mando, y su serenidad é inteligencia restituyeron la esperanza (y más tarde la seguridad) del orden, á quienes presentaban luctuosos acontecimientos. El país, que estaba sumido en la guerra civil y con la miseria en la campaña, fué llevado á la paz por la política de concordia de su Gobernante provisional. El estado financiero no tardó en sonreír; la energía desplegada por aquél para separar á los hombres indignos de sus puestos públicos, entusiasmó á la opinión. Según el biógrafo que seguimos, el señor Cuestas, viéndose divorciada la Asamblea de la voluntad del país, y en previsión de una guerra civil, disolvió aquélla y en su substitución creó un Consejo de Estado, compuesto de igual número de miembros que la Asamblea extinguida. Las oposiciones llegaron hasta la revolución, pero las sublevaciones ó movimientos fueron reprimidos, y casi puede decirse, que contribuyeron indirectamente al triunfo del futuro Presidente. El cargo que hoy tan dignamente desempeña en propiedad, fué al fin conferido, por votación unánime de setenta y cinco miembros de la Asamblea. El júbilo de la población de Montevideo parecía no tener límites, según fueron entusiastas las manifestaciones que se improvisaron á continuación. Cuando el señor Cuestas salió de su domicilio para prestar juramento, la ciudad estaba empavesada con banderas nacionales y de todas las naciones, sonaban las campanas y sobre su frente venerable descendían las flores de infinidad de damas y señoritas. Por la noche, la ciudad y sus alrededores estaban profusamente iluminados. Estas fiestas se prolongaron hasta el confin de la República.

El Presidente es popular en grado sumo: inspirador de la confianza y del amor á sus gobernados. El comercio, los Bancos, el crédito en el exterior, se han asociado al contento general, demostrándolo con la actividad en las transacciones y con el alza en los valores del Estado.

El primer paso dado por el Presidente, ha sido la elección del Ministerio, que ha sido del agrado de la opinión, y el país espera con justicia grandes beneficios. Por lo pronto, ya se sabe que el Gobierno del señor Cuesta se inspira en la honradez acrisolada, pues el Jefe de Estado ha dado pruebas incontestables de su rectitud y pureza en el manejo de los dineros públicos, cuestión que hasta hace poco parecía un problema difícil de resolver.

El Ministerio está compuesto de hombres experimentados, rectos, inteligentes y patriotas, y éstos son los colaboradores dignos de una administración de la que tanto espera el país.

\*\*\*

Nació en Montevideo el 7 de Mayo de 1858, hijo de don Pedro Saenz de Zumarán, español emparentado con las familias de Heredia y Loring de Málaga, nombrado por Doña Isabel II cónsul honorario de España en la citada capital del Uruguay, y además premiado con otras distinciones honoríficas, por servicios prestados á la escuadra española en la guerra del Pacífico. La casa paterna de don Antonio, muy frecuentada por la gente ilustre de aquellos tiempos, fué á la vez escuela de costumbres y de prácticas profesionales para él. En 1888 empezó á aprovecharlas, pues se le confió el consulado de Marsella, donde á la vez demostró singulares cualidades para la carrera, dejando entre conciudadanos y franceses, gratos recuerdos de su celo é inteligencia. El año 1890, pasó á representar su país en Barcelona, donde pronto ganóse generales simpatías y pudo desplegar su actividad en favor del Uruguay y aun de España, que tan querida es para él, sin detrimento del amor entusiasta que siente por su patria. Diónos inolvidable prueba de aquel cariño, con elocente escrito, hecho público por la prensa, cuando se acercaba la guerra con los Estados Unidos. Nuestro Gobierno, que ya le había nombrado caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III, elevólo á Comendador ordinario, y por reciente propuesta, ha sido también honrado con la encomienda de número de Isabel la Católica.

Además del desempeño de su oficina, ha publicado varios folletos y ha colaborado en distintos periódicos de Francia, de España y del Uruguay, para prestigiar á éste, para rectificar errores con el mismo relacionados y para fomentar las relaciones comerciales. Su Gobierno le nombró, hace poco, Agente General de propaganda de emigración en España é Italia.

Sus hermosos sentimientos humanitarios, le han llevado con frecuencia á sacrificios que, por no ofender su modestia, nos vemos obligados á no determinar, y de los que han beneficiado por igual sus compatriotas ó extranjeros.

El señor Zumarán y su familia, ocupan un puesto envidiable en nuestra sociedad, que reconoce en el representante de la República Oriental al cumplido caballero, al hombre ilustrado, hábil y correctísimo de formas para el desempeño de sus delicadas funciones. Hombres de esta naturaleza son los que, sin ostensivos propósitos transcendentales, labran sólidamente la obra de la aproximación de pueblos hermanos, obra que para todos, ha de dar en lo porvenir (promesa de ello es el presente) incalculables beneficios morales y materiales.

\*\*\*

## LAS ALMAS PARTIDAS

Todo cansa en este pícaro mundo ¡hasta lo más bueno! y parece que lo mismo sucede en el otro. Sólo así se comprende que en el Cielo, en aquella mansión incomparable, hubiese un grupo de almas algo aburridas.

Durante su permanencia en este planeta, se habían divertido de lo lindo, estando en constante movimiento, organizando bailes, corridas de toros, conciertos, bazares é infinidad de diversiones con objetos piadosos, y como el fin justifica los medios, habían logrado alcanzar la gloria eterna, por más que aquel modo *sui generis* de ejercer la caridad, produjera rencillas, envidias y un sin fin de disgustos.

Aposentadas ya en la celestial mansión, extasiábanse, admirando la paz, el sosiego, la bienaventuranza allí reinantes, á que las pobres no estaban acostumbradas.

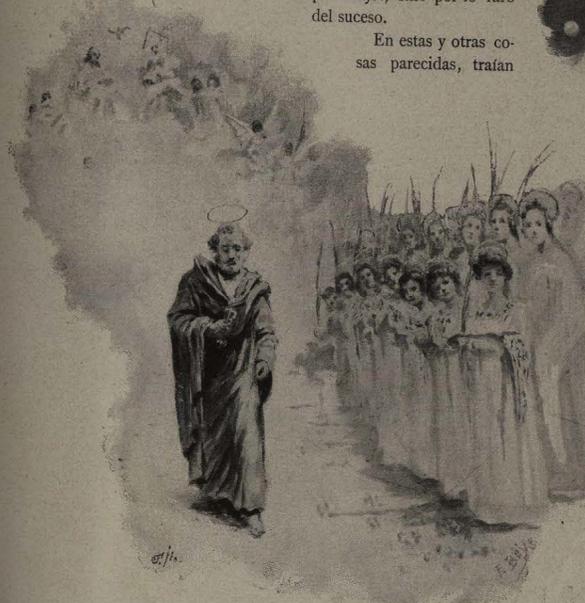
Algunas veces, sentadas con indolencia sobre una nube, vagaban horas y horas contemplando absortas la obra maravillosa de la creación.

Miríadas de astros giraban por el espacio infinito, en donde el globo terráqueo era sólo como imperceptible grano de arena. Aquel grandioso espectáculo, las entretuvo por algún tiempo; pero como siempre era igual llegaron á aburrirse, y ya encontraban mayor placer en cualquiera tontería, como sucede á los niños que tienen magníficos juguetes y no les hacen caso, prefiriendo jugar con barro.

Aquellas bulliciosas almas, necesitaban distracciones variadas, alborotar, enredar, algo parecido á lo que hacían en la tierra, y cada día inventaban una nueva travesura que desesperaba á los santos graves y formalotes, divirtiéndose en cambio, á las santas y á los angelitos. Desafinaban los instrumentos, y cuando los serafines alados iban á tocar algún himno, era cosa de echar á correr, pues más que coro angelico, semejava mala murga de algún villorrio.

Otras veces, escondían á San Pedro las llaves del cielo y cuando llegaba algún encumbrado personaje, no podía abrirsele la puerta; y eso que en larga fila esperaban santas y santos y toda la corte celestial, para celebrar una gran fiesta: nó porque en el cielo se hagan distinciones con los personajes, sino por lo raro del suceso.

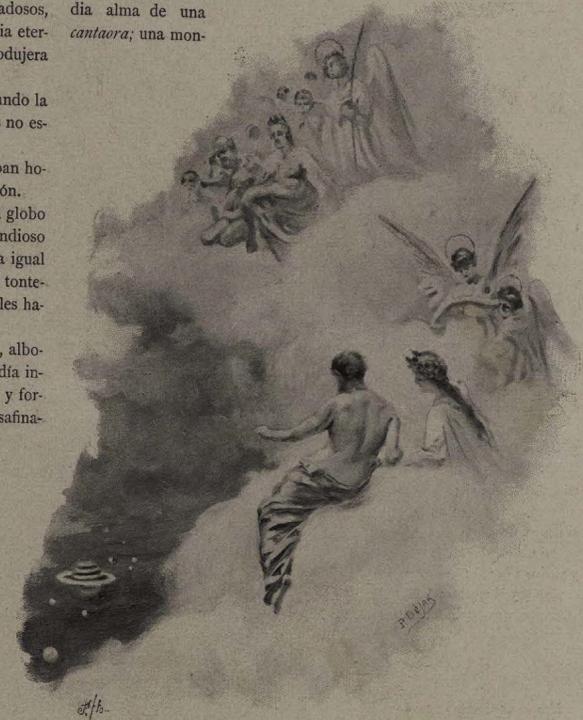
En estas y otras cosas parecidas, traían



cia en seguida; llevaban impreso en su semblante un sello de tristeza tal, que les hacía distinguirse del resto de los mortales.

Rara vez se encontraban los que completaban un alma, y por lo común, en muy desfavorables circunstancias.

Ya era un sacerdote que tenía media alma de una cantadora; una mon-



ja con media alma de un torero; el abuelo con el nieto, y así, lo más extravagante del mundo.

Cuando, por rara casualidad, se encontraban las dos mitades en personas de distinto sexo y podían unirse, se producía un amor tan vehemente, tan intenso, tan lleno de dulzuras, que las almas que desde el cielo contemplaban tanta dicha, hubieran cambiado la celestial mansión, por tal de disfrutar de aquellos inefables placeres.

En cambio, cuando dos que tenían la misma alma se amaban, se comprendían, y algún obstáculo invencible, impedía fuesen el uno del otro; sufrían tanto, era tan grande su desconsuelo, al perder la felicidad en el preciso momento de tropezar con ella, que á las traviesas y revoltosas almas ya les pesaba lo que habían hecho, viendo la desesperación en que sumían á los pobres mortales.

Al cabo de algún tiempo, se cansaron también de observar á los seres que tenían media alma; pero habían partido tantas, que ya las habrá así hasta el fin del mundo.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR



siempre en jaque á todos, y ya algún santo de los más influyentes iba á tratar de ponerlas un correctivo, cuando de pronto cesaron en sus travesuras, observándose no más que todas las tardes, con grandes anteojos, dirigían sus miradas hacia la tierra.

Unas se reían, otras lloraban, y así se pasaban horas y más horas.

¿A quién miraban? ¿Qué era lo que observaban con tanto interés? A fuerza de ruegos confesaron su nueva y trascendental travesura.

De las almas destinadas á la tierra, habían dividido muchísimas, mezclándolas con las enteras. A los seres que tenían media alma, se les cono-

## RIMAS

I

Yo soy una chispa  
que prende en el alma,  
gentil mariposa  
que agita sus alas  
y besa las flores  
do el néctar escancia;  
soy copo de espuma  
que, trémulo, viaja  
sobre onda turgente  
que expira en la playa;  
soy queja de cisne  
que sueña bonanzas,  
y lumbré de estrella  
que brilla lejana;  
mi cuna fué el cielo;  
nací de una lágrima;  
si muero, de súbito  
mi muerte se cambia  
y vuelvo á la vida:  
¡yo soy la esperanza!

II

Mar de espejismo profundo  
que se extiende en lontananza,  
es del hombre la esperanza  
entre las sombras del mundo.

En él inquieta bogando,  
por raudo soplo impelida,  
ya la nave de la vida  
las ilusiones llevando.

Y cuando, tras suerte vaga,  
á puerto feliz asciende,  
la tempestad la sorprende;  
el mar la azota... y naufraga!

LEOPOLDO TORRES

ABANDERO (Caracas.)

LA GRAN MAREjada

Un inmenso peñasco se miraba  
del mar en el espejo cristalino,  
y la dormida espuma humedecía  
de su planta el terreno movedizo.  
El peñasco, volviendo en favor suyo  
la constancia servil de aquel cariño,  
cansado de sus besos, una tarde,  
con su maciza voz así le dijo:  
—Me adulas, porque sabes que si quiero  
me desplomo y convierto tus suspiros  
en un lamento eterno, al aplastarte  
con mi mole imponente de granito.  
Sonríese la espuma, como siempre,  
y respondió: — Me duele, caro amigo,

ver que nada consigue mi modestia  
y mi benevolencia de hace siglos.  
Porque beso tu negra superficie  
y entre murmullos á tus pies expiro,  
has llegado á pensar que te respeto  
y elevo incienso al promontorio altivo.  
Imaginas, tal vez, desde tu altura  
que mis ondas azules son de vidrio,  
y me amenazas con quedar dispersa  
en mil pedazos, al menor chasquido.  
¡Infeliz! en las ráfagas del aire  
me extiendo, me reduzco, duermo y giro,  
con el hervor de gigantesca tromba  
ó cual medroso y espantable abismo.

## COMO EN LA VIDA

ACUARELA DE J. CUCHY.

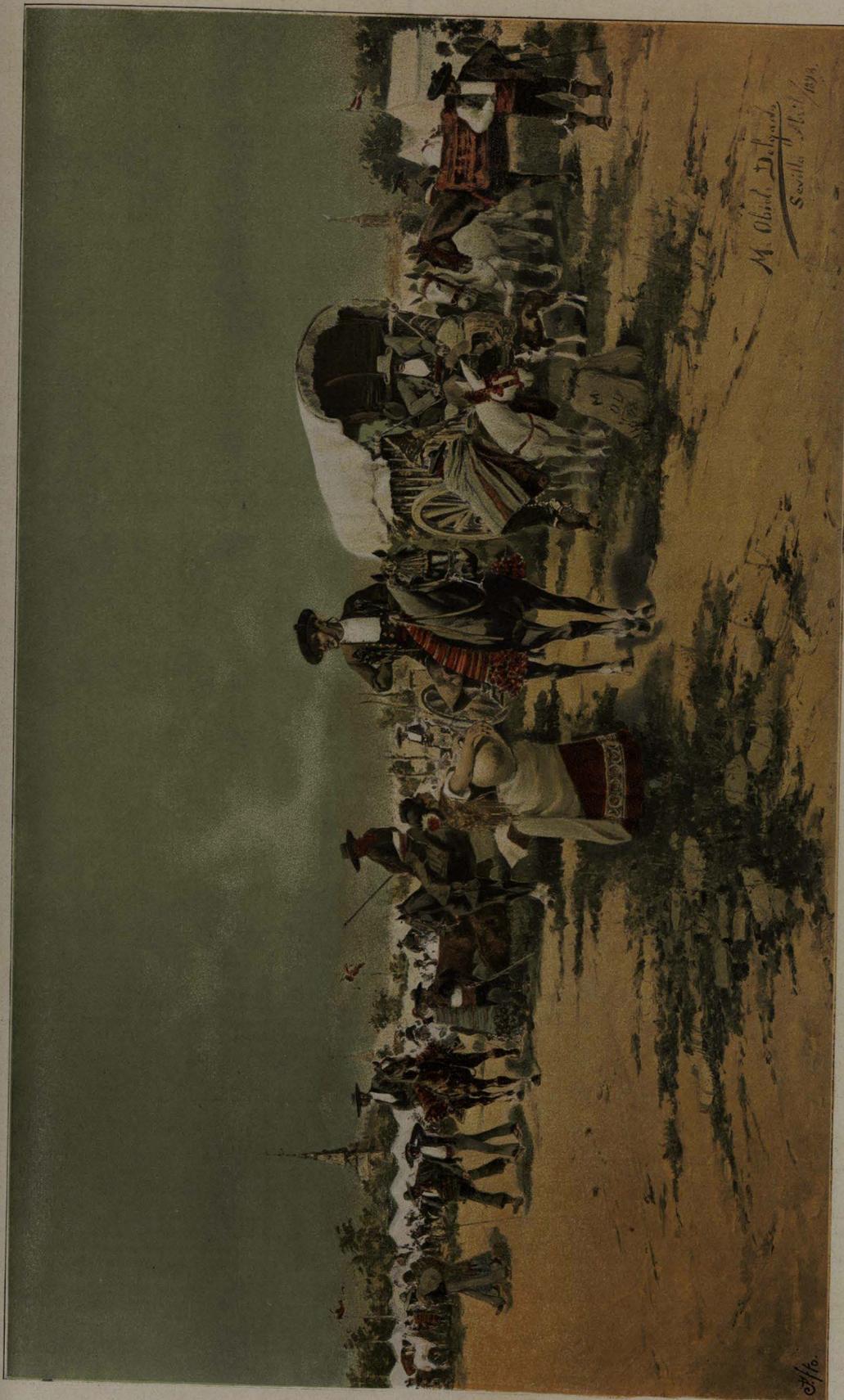
La tierra es mía, y si tu mole noto,  
entre mis olas oscilar te miro,  
como se pierde el átomo impalpable  
en la grandiosidad del infinito.  
Ya ves que si tu cuerpo se desprende,  
rompiendo un punto mi cristal dormido,  
cuando mis ondas sobre ti se cierran,  
ni de tu paso quedará vestigio.  
Y allá en el fondo, el que gigante airado  
por mi suprema voluntad ha sido,  
será un guijarro más, que la resaca  
continuamente hará cambiar de sitio. —  
Y con efecto, duplicó el embate,  
cayó el peñasco, se escuchó un quejido;

después, la luna, desde el negro cielo,  
se contemplaba en el cristal tranquilo.  
Así también, en las resueltas olas  
que impelen el humano torbellino,  
mil veces la bondad del poderoso  
ensoberbecer al átomo perdido.  
Y cuando todo, en progresiva escala,  
vuelve tarde ó temprano al rumbo fijo,  
á las duras lecciones del orgullo,  
se las llama ¡vaivenes del destino!

FLORENCIO VILASECA



M. OBIOLS DELGADO



UNA FERIA DE GANADO EN ANDALUCIA